

Filosofía de un bárbaro

Conan de Cimmeria,
de Robert E. Howard

Andrés García Londoño



Un hombre cuelga de una cruz en un desierto. Sus pies y manos han sido clavados con gruesos clavos a la madera. Lleva horas allí, el sol golpea con toda la fuerza del mediodía y la sed lo está enloqueciendo. Sobre él vuelan buitres que son parte esencial del castigo, según le recordara burlonamente quien lo mandó clavar a ese “árbol de la muerte”: “Acuérdate de mí cuando los buitres estén desollándote vivo [...] Los carroñeros del desierto son una especie particularmente voraz. He visto a hombres suspendidos de la cruz durante horas, sin ojos, sin orejas y sin cuero cabelludo, antes de que sus afilados picos lograran abrirse camino hasta alguno de los órganos vitales”.

El hombre, con un cuerpo enorme y musculoso, intenta liberarse y trata de pasar las cabezas de los clavos por las heridas. Finalmente se rinde, aunque no por el dolor, sino por la inutilidad de sus esfuerzos. Derrotado y sintiéndose impotente, permanece inmóvil, con la cabeza sobre el pecho y los ojos cerrados para protegerlos de los rayos del sol. Las horas pasan en una cadencia lenta y amarga, tan invariable como el calor del desierto.

Pero la naturaleza del personaje sólo se hace realmente evidente hacia el atardecer, pues entonces la muerte misma baja a visitarlo desde las alturas donde por horas ha contemplado su agonía y esperado que se debilitara para recrearse en su carne:

En sus oídos casi sordos sonó el fuerte batir de unas alas. Levantando la cabeza, dirigió una ardiente mirada de lobo a las sombras que daban vueltas sobre él. Sabía que sus gritos no volverían a espantarlos. Una de ellas bajó... bajó... más y más. Conan retrajo todo lo posible el cuello, mientras esperaba con la terrible paciencia de la tierra salvaje y sus hijos. El buitre descendió con un veloz estruendo de las alas. El pico cayó a la velocidad del rayo y desgarró la piel de la barbilla del cimmerico mientras éste apartaba a un lado la cara; entonces, antes de que el ave pudiera alejarse, la cabeza de Conan se proyectó hacia adelante sobre los poderosos músculos del cuello, y su boca, lanzando una feroz dentellada, atrapó el cuello desnudo y carunculado.

Enloquecido, el buitre batió frenéticamente las alas, tratando de liberarse. Los golpes de sus alas cegaron al hombre, y sus garras le laceraron el pecho. Pero, con sombría determinación, se negó a cejar y siguió apretando con toda la fuerza de sus mandíbulas hasta que los huesos del carroñero se partieron entre sus poderosos dientes. Con una convulsión espasmódica, el cuerpo del pájaro quedó flácido. Conan lo dejó caer y escupió la sangre de su boca. Los demás buitres, aterrados por el destino de su compañero, huyeron en desbandada hasta un árbol lejano, donde se posaron como demonios negros en un cóncave.

La anterior escena, situada en el relato “Nacerá una bruja”, es quizá la más famosa entre las que contienen las veintiuna historias escritas entre 1932 y 1936 que tienen como protagonista a Conan de Cimmeria, el personaje creado por Robert Ervin Howard que fue el origen —junto con otro personaje de Howard: Kull de Atlantis— del subgénero de la literatura fantástica que se conoce como “Espada y Hechicería”.¹

El cimmerico vio, pues, la luz en plena Gran Depresión en Estados Unidos. Su creador, Robert E. Howard, era un texano que ya llevaba casi diez años publicando historias en *Pulp Magazines*, revistas muy baratas de amplia circulación que no tenían otro fin que entretener, por lo cual solían centrarse en relatos de horror, aventura, ciencia-ficción y crímenes. Aunque la mayor parte de los autores de dichas publicaciones han sido olvidados, otros lograron un reconocimiento posterior, como Dashiell Hammett, Raymond Chandler y Howard Phillips Lovecraft. Robert E. Howard, por su parte, gracias a ser increíblemente prolífico —en un período de poco más de doce años escribió más de trescientos relatos largos, de los que publicó más de cien, además de gran cantidad de versos y artículos de opinión—, logró ser el primero en vivir exclusivamente de su escritura, aunque con enormes altibajos económicos que marcaron su temperamento, ya de por sí inclinado a la depresión. Otros de sus personajes fueron Kull de Atlantis, ubicado en una época anterior a Conan; el marinero Steve Costigan, un boxeador marcado por el humor negro; el sheriff Kirby Buckner, protagonista de



algunas de sus historias de horror; y Breckinridge Elkins, un montañés a partir del cual las dificultades para entenderse entre hombres y mujeres se hacen evidentes; entre muchas otras creaciones, donde también hay personajes femeninos de relieve, como Sonja *La roja* y Dark Agnes de la Fere, ambas guerreras, así como la reina pirata Bêlit, el gran amor de Conan.

Como tantos otros autores que publicaron en *Pulp Magazines*, la obra de Howard fue en un principio desestimada por la crítica como literatura menor. En relación con esto, aparte del hecho de que la idea misma de que puede dividirse a la literatura en mayor y menor a partir de sus géneros es un concepto más que pretencioso, pues implica que alguien ha establecido el “fin superior” de la literatura que puede servir como guía de los demás mortales que leen y escriben, la importancia de la obra de Howard ha sido establecida por el único filtro con una autoridad real de que dispone el arte: el tiempo.² Hoy este autor disfruta, como nunca antes, de un enorme número de traducciones, compilaciones y ediciones de rescate de todo lo que escribió, incluyendo su correspondencia. ¿Por qué? Simplemente porque muchos de los lectores lo disfrutamos y ésta es una razón más sólida que la mayoría para justificar la existencia de una novela, ya que el mero placer que produce la lectura es una de las razones centrales y más antiguas para que nuestra especie se haya molestado en crear un arte de las palabras escritas. Además, en el caso de Howard, el placer que genera la obra tiene varios niveles: en el nivel más superficial, sus relatos se disfrutaban por la misma razón que antes leíamos *Sandokán*

o *La vuelta al mundo en ochenta días*: la acción, las batallas, lo exótico, la aventura; en fin, por el viaje y la vivencia más allá de la cotidianidad y realidad inmediatas. Pero en un nivel más profundo existe otro disfrute mayor, que depende en exclusiva de la visión filosófica del autor ante el mundo. Un disfrute que sólo requiere de una condición: estar aún en capacidad, cuando leemos, de dejar suelto al bárbaro interior. De lo contrario la obra de Howard sólo nos producirá espanto o desdén, pues Conan, en particular, no es una lectura apropiada para quienes crean a pie juntillas en los valores que predica una civilización basada en el gregarismo, ya que tanto en el mundo que Howard creó para poder darle al personaje un lugar para tener sus aventuras, así como en las características del mismo Conan, hay una crítica constante a dichos valores, así como una mirada descarnada al vacío que quieren cubrir con un velo brillante pero hecho girones... Igualmente existe una propuesta para enfrentar, de un modo distinto a la negación, la sensación de absurdo que produce la contemplación del vacío.

Pero antes de hablar del personaje y su mundo, resulta imprescindible hablar de su autor. Robert E. Howard era el hijo del doctor Isaac Mordecai Howard y de Hester Jane Ervin Howard. Su padre estaba interesado en el yoga, el misticismo hindú y el hipnotismo, pero era ante todo conocido como uno de los médicos más destacados de Texas, por lo cual la infancia de Howard transcurrió en una serie de mudanzas por todo el estado, hasta que finalmente la familia se estableció en Cross Plains. Fue su madre quien le inculcó el gusto por la lectura de historias y

poesías. Howard tuvo hasta el final una relación muy estrecha con ella, catalogada por algunos críticos incluso de “enfermiza”. Hester tenía fama de ser una mujer particularmente bondadosa y preocupada por su familia, hasta el punto de que cuidando a un pariente enfermo contrajo tuberculosis; una enfermedad de la que nunca pudo reponerse y de la cual finalmente murió en 1936. Entre los autores que más marcaron a Howard estaban Jack London, Arthur Machen y Ambrose Bierce. Pero no sólo leía literatura: sus otros temas favoritos eran la historia y la mitología, por lo que autores como Thomas Bullfinch también pueden contarse entre sus intereses, quizá fomentados por los relatos que debió escuchar sobre cómo sus antepasados pelearon en la Guerra Civil Norteamericana del lado de la Confederación, así como por los orígenes celtas de parte de su familia, lo que le produjo un enorme interés sobre ese pueblo. Su otra gran pasión eran los deportes, en particular el boxeo, donde fue bastante bueno, ayudado por su físico, pues medía más de 1.80 m. y pesaba más de noventa kilos. No en vano, muchos de los críticos han visto en el personaje de Conan una proyección aumentada del mismo Howard, y en la historia de Hiboria, el continente donde transcurren las historias del cimmerico, una proyección de su propia visión sobre la vida de las sociedades y el sentido de la existencia.

El mundo hiborio: civilización es decadencia

Sabe, oh príncipe, que entre los años del hundimiento de Atlantis y las resplandecientes ciudades bajo los océanos, y los de la aparición de los hijos de Aryas, hubo una edad olvidada en la que el mundo estaba cubierto de brillantes reinos como mantos azules bajo las estrellas: Nemedía, Ofir, Brithunia, Hiperbórea, Zamora, con sus muchachas de oscuros cabellos y sus torres plagadas de arácnidos misterios, Zingara y sus caballeros, Koth, limítrofe con las tierras pastoriles de Shem, Estigia, con sus tumbas custodiadas por sombras, e Hirkania, cuyos jinetes vestían de acero, seda y oro. Pero el más orgulloso reino era Aquilonia, que reinaba soberana sobre el soñoliento oeste. Y allí llegó Conan, el cimmerico, el pelo negro, los ojos sombríos, la espada en la mano, un ladrón, un saqueador, un asesino, de gigantescas melancolías y gigantescos pesares, para pisotear con sus sandalias los tronos enojados de la Tierra.

Las crónicas nemedias, “El fénix en la espada”

Aunque Howard no es preciso en las fechas, algunos estudiosos de su obra se atreven a dar una fecha estimada de la época en que transcurre Conan: unos 12.000 años antes de nuestro tiempo, lo que la sitúa hacia el final del Paleolítico. Pero las culturas que rodean a Conan no tienen características de la Edad de Piedra, sino que se encuentran en un punto vago entre la antigua Roma y el Medioevo. ¿Cómo explicar entonces esa contradicción?... Fácilmente. Con un cataclismo global que borró luego todo del mapa, cambiando incluso la forma de los continentes, por lo que las ciudades tuvieron que surgir de la nada una vez más y las culturas volver a aprenderlo todo, incluso los conocimientos más básicos, como la escritura o la forja de metales. Es decir, que de acuerdo con la hipótesis literaria de Howard, lo que conocemos como Edad de Piedra no ha ocurrido una, sino tres veces, pero no tenemos mayores registros de esas edades pasadas (con excepción, claro está, de los comentarios de cierto griego, más o menos conocido, llamado Platón, cuando habló de la caída de la Atlántida). Así que la civilización se ha levantado y caído tres veces: la primera fue la era de la Atlántida y Lemuria; la segunda, la era Hiboria, donde transcurren las historias de Conan; y la tercera, la nuestra. Y siguiendo ese mismo juego cataclísmico de imaginación, puede uno preguntarse: ¿Habrá una cuarta?³

Allí yace uno de los postulados centrales de las historias de Conan: la civilización es frágil... Al que puede añadirse otro postulado aún más perturbador: no necesariamente la civilización es benéfica para los seres humanos. Al menos, en lo que refiere a su honestidad interior y su fuerza vital.

La obra clave para entender los países del mundo hiborio es “La edad hiboria”, a la que podríamos catalogar como un ensayo histórico sobre historia que nunca sucedió. Igualmente útiles son los mapas que Howard mismo preparó. Allí podemos ver el continente hiborio tal como él lo imaginó. Superpuesto a un mapa de Europa actual, hay otro continente con bordes muy distintos: en lo que actualmente es Francia queda Aquilonia, mientras que Nemedía se extiende sobre la actual Alemania y el comienzo de Ucrania; Zingara en España; el enorme reino de Estigia

en lo que ahora es el norte de África, incluyendo a Egipto; Koth, en una extensión de tierra donde hoy yace el Mediterráneo, por lo que abarca desde Italia hasta Grecia. Al este se encuentran las grandes estepas y el desierto, y más allá del Medio Oriente hay países como Turán, el mar Interior—que es mucho más grande que el Mar Muerto actual y quizá no cerrado por completo—, e Hibrmania donde en la actualidad se encuentra la India. Al noroeste viven los salvajes pictos, donde hoy está Irlanda, que se comunica por tierra con Cimmeria, de donde proviene Conan, que se extiende ininterrumpidamente desde Inglaterra hasta Noruega. Más al norte hay otros países, en lo que hoy es apenas un mar helado, que tienen nombres que resuenan con acento mitológico: Vanaheim, Asgard e Hiperbórea.

Sobre la génesis de la edad hiboria, Howard la ubica en el cataclismo antes mencionado. Los habitantes de Cimmeria, cuna de Conan, son precisamente sobrevivientes de una colonia atlante, a la cual se sumaron muchos refugiados que escaparon en barcos de la Atlántida al hundirse el continente. Pero han sido reducidos a la barbarie por sus interminables combates contra los numerosos pictos, olvidando todas sus refinadas costumbres y elaborado arte, así que sus descendientes están disgregados en clanes y nunca han construido verdaderas ciudades. En los siglos de guerra, los pictos también se han desgastado y han perdido su oportunidad de transformarse en civilización. Muy distinta es la historia hacia el sur, donde hay grandes reinos. El más importante de todos, Aquilonia, es hasta cierto punto un reflejo del reino de los francos bajo Carlomagno, desde sus ejércitos —con caballería pesada, lanceros y piqueros—, hasta sus costumbres cortesanas, entre las que ocupa un lugar destacado la intriga. Y tanto Aquilonia como su vecina Nemedía adoran a Mitra, un dios solar que, entre toda la muestra de dioses exóticos de Conan, es el que más se parece a la religión cristiana, en su idea de un dios que ama el orden y la luz. Pero las fronteras son flexibles y, tal como sucedió por mucho tiempo en el mundo real con Francia y Alemania, ambas naciones pasan constantemente de la guerra fría a la caliente. Existen además numerosas ciudades-estado, donde transcurren gran parte de las aventuras de Conan, incluyendo una buena cantidad de “ciudades fantasma”,

caídas en el olvido por la desidia o la perversión de sus habitantes.

Sin embargo, no siempre los cultos oscuros han conducido a la desgracia. El más grande reino en extensión de la era Hiboria es Estigia, cuyos habitantes son regidos por reyes-hechiceros, que además de rendir culto a la serpiente—un animal al que Howard le tenía fobia—, adoran potencias oscuras de fuera de este mundo y ajenas a toda piedad.⁴ Fue tanto el poder de Estigia y tan perfecto su conocimiento de la sabiduría oscura, que más de una vez estuvo a punto de dominar el mundo entero. Pero sus magos cayeron bajo el poder de sus propios hechizos y, ocasionalmente, fueron vencidos por alianzas entre otros reinos, así que nunca llegaron a alcanzar el dominio total. Pero para la época en que Conan vive, aún conservan gran parte de su poder y no han olvidado, en lo más mínimo, sus antiguas ambiciones.

Ascendencia y caída de la civilización... Esa parece el resumen de la era hiboria y una constante en la obra de Howard, desde su primer relato publicado, “Lanza y colmillo”, acerca de un enfrentamiento entre cromañones por una mujer, con algún neandertal incluido. Un tema sobre el cual puede agregar mucho la frase final de “Más allá del río Negro”, uno de los mejores relatos de Conan, con cierto aroma a los bosques descritos por Jack London, en que se narra una incursión de pictos contra la frontera de Aquilonia y se muestra en toda su crudeza el enfrentamiento entre pueblos civilizados y bárbaros. Como afirma Patrice Loinet, uno de los editores y conocedores de la obra de Howard más importantes: “Conan es un bárbaro ‘tan feroz como los pictos y mucho más inteligente’ y por eso sobrevivirá”. Luego de la incursión, donde Aquilonia es, en últimas, derrotada, uno de los colonos le dice amargamente a Conan: “La barbarie es el estado natural del hombre [...] La civilización es antinatural, es un capricho de las circunstancias. Y, a la postre, la barbarie siempre acabará triunfando”.

El bárbaro triunfante se encarna en Conan. Sin embargo, hay un matiz importante: Conan es un cimmerico, por lo tanto descendiente de la más grande civilización de la antigüedad hiboria, así que no es exactamente comparable a un picto. En la “Torre del elefante” se afirma: “Los hombres civilizados son menos amables que los

salvajes porque saben que pueden ser más descorteses sin riesgo de que les partan la cabeza”. Y algo en Conan es aún lo suficientemente “descortés” para permitirle vivir entre los hombres civilizados, pero conserva la fortaleza natural que su pueblo ha vuelto a conquistar luego de su decadencia. Sea donde sea que vaya entre los países hiborios, Conan destaca como un gigante, y no sólo por su estatura, sino por carecer de los miedos comunes a los hombres civilizados, y por tener una forma muy distinta de enfrentar los propios. Ante el temor, parece pensar Conan, lo mejor es siempre atacar antes de que el cerebro se paralice.

El continente hiborio, en fin, presta el ambiente ideal para las aventuras del bárbaro cimmerico, nacido en la periferia de la civilización y, por tanto, en la mejor disposición para conquistar el centro. Que Conan llegue a ser rey de Aquilonia en “La hora del dragón”—el relato más largo sobre él, pues fue pensado para publicarse como novela— parece natural: es el más fuerte y los seres humanos somos animales, por lo tanto la fuerza, sea mental o física, tiende a hacer destacar ante los otros. Sin embargo, para Conan mismo, ser rey es apenas otra etapa más en su vida, no más importante para alguien inmerso en el presente que ser ladrón, pirata, guía de cosacos o mercenario, entre muchas otras posiciones, siempre vinculadas al peligro físico, que ha ocupado. No en vano, no hay una continuidad entre los relatos y resulta difícil establecer una cronología entre ellos, en parte porque Conan no busca ascender, sino que ve sus posibilidades del momento y las toma, por lo que puede ser con igual facilidad un capitán de la guardia real que un profanador de tumbas. En “La hora del dragón”, de hecho, Conan cabalga al sur buscando una joya mágica que le permitirá



recuperar su reino, luego de perderlo por una conspiración. Y mientras lo hace, lo asaltan las dudas:

Igual que en sus tiempos de mercenario, Conan sintió el impulso de espolear a su caballo y zambullirse en la carnicería, el pillaje y la caza de botín. ¿Para qué esforzarse en recobrar el trono de un pueblo que ya lo había olvidado? ¿Por qué no buscar el olvido perdiéndose en la roja marea de la guerra y la rapiña que tantas veces lo había arrastrado? ¿No podía, incluso, labrarse un reino nuevo por la fuerza de la espada? [...] Estas cosas le susurraba al oído una voz maliciosa, mientras los fantasmas de su indómito y sanguinario pasado lo acosaban. Pero no volvió atrás; siguió su camino, en pos de una esperanza que se volvía más y más tenue a cada paso que avanzaba, hasta que en ocasiones llegaba a parecer un sueño que nunca había existido.

Y allí, exactamente allí, reside el principal atractivo de Conan, aquello que garantiza que el personaje sea recordado mucho más allá del momento en que todos los ornamentos de sus historias —monstruos, adversarios, hechiceros y damiselas en peligro incluidos— han desaparecido de nuestra memoria. Conan es libre y el aroma de su libertad es tan palpable como el del sudor en una batalla. Y ese perfume indomablemente masculino, ese perfume que muchos envidiamos y quisiéramos para nosotros mismos, es el que nos dejan sus historias. Nada, por brillante o cómodo que sea, es capaz de atarlo y a cada paso que da, él es quien decide su destino.

La libertad esencial

En una carta a Trevis Clyde Lewis, en diciembre de 1932, Howard afirmaba: “El hombre medio alberga secretamente el deseo de ser un espadachín implacable, borracho y pependenciero”. Pero ese *hombre medio* del que habla Howard es también él mismo. Su alter ego. No en vano, hay en Conan tanto de su propia vida, o más bien, de lo que quizás habría deseado que ésta fuera.

Reducir a Conan a un borrachín y un penden-ciero es posible. Y es posible porque es cierto. ¿Qué le gusta más a Conan que una buena pelea, abrazar un talle femenino y embriagarse hasta la saciedad? Pero también es posible convertirlo en una figura filosófica. ¿Por qué? Porque también es cierto. La filosofía interior de Conan predica la acción a pesar de saber que el mundo no tiene sentido aparente, porque la acción —en particular aquella que produce placer— puede librarnos, hasta cierto punto, de la angustia del vacío. Esto es: Conan puede ser visto como un existencialista en el sentido más primordial de la palabra, pues carece de todo valor gregario, incluso de aquellos que se encierran bajo el título de “humanismo”, y en lugar de ello en la visión que Conan tiene del mundo priman cuatro pilares de tal corriente filosófica: la libertad, las múltiples posibilidades del ser, la angustia ante la falta de sentido y la idea de que el hecho de existir conlleva para cada hombre y mujer la responsabilidad de hacerse a sí mismo... Y lo que hace particularmente interesante al personaje consiste en que su opción personal para conservar su solidez y lucidez frente a la percepción del absurdo es la preservación de un código ético propio, basado precisamente en defender la visión que tiene de sí mismo: eso que otros llaman “honor”.

Charles Hoffman fue el primero en ver esa conexión entre este personaje y el movimiento literario-filosófico que nació más de una década después de su creación. En su famoso ensayo, “Conan the Existentialist”, publicado en 1976, Hoffman caracteriza a Conan como un hombre auténticamente libre. Libre de toda quimera, de todo juicio externo; libre no sólo de la opinión de los otros seres humanos, sino incluso de la necesidad de responder a un dios. Un hombre que vive claramente bajo la aceptación del “vacío sobre nuestras cabezas” del que hablaba Sartre cuando definía a Dios en su obra de teatro *El diablo y el buen Dios*, pero que, sin embargo, no se hunde en la inacción por esa ausencia que no responde, sino que se hace y se construye constantemente a sí mismo. Y siempre a partir del presente.

La cita más famosa respecto de la religiosidad de Conan es aquella donde Bêlit, reina de los piratas negros y su gran amor, le pregunta en qué dioses cree, a lo cual este responde:

El dios principal es Crom, que vive en una gran montaña. Pero de nada vale invocarlo. Le importa muy poco si los hombres viven o mueren. ¡Es mejor callar que reclamar su atención, ya que suele enviar desdichas y no fortuna! Es implacable y sin compasión, pero infunde poder para luchar y matar en el momento de nacer. ¿Qué más puede pedir un ser humano?

¿Un dios al que es mejor no rezarle? ¿Un dios que no soporta a los llorones, por lo cual nos castiga si nos quejamos? ¿Un dios que obliga a sus adoradores a fortalecerse hasta no necesitarlo? ¿Podemos imaginar algo más contrario a lo que acostumbramos? No en vano, a Crom se le ha llamado un anti-Dios y se ha calificado a Conan de nietzscheano. Pero más que porque sea un superhombre —pues al final de todo simplemente es alguien astuto, fuerte y que pelea bien—, merece ese calificativo porque es capaz de vivir sin el apoyo de un dios en un mundo repleto de cultos y, más aún que eso, porque es capaz de ver el vacío bajo todas las apariencias y aun así moverse. Y es que, a diferencia de la gran mayoría de héroes de la “Fantasía heroica”, quienes simplemente persiguen su objetivo hasta alcanzarlo, convencidos de la bondad o necesidad de sus acciones, Conan se deprime con frecuencia... Antes de que su apetito vital, sin importar que tome la forma de una mujer, una botella de alcohol o la posibilidad de involucrarse en una buena pelea, le permita quitarse de encima el peso del absurdo.

Su optimismo cayó como una máscara y su rostro se volvió de pronto anciano, y fatigados sus ojos. La irrazonable melancolía de los cimmericos cubrió su alma como una mortaja y lo paralizó con la sensación aplastante de la futilidad del comportamiento humano y la carencia de sentido de la vida [...] Entonces, al levantar la cabeza, como un hombre que busca una salida, sus ojos fueron a posarse sobre una jarra de cristal, llena de vino dorado. [...] Cuando al fin la dejó a un lado, una agradable calidez se extendía por sus venas. Las cosas y los sucesos cobraron un aspecto nuevo. Las oscuras colinas de Cimmeria se perdieron en la distancia. La vida volvía a ser buena, real y vibrante, no el sueño de un dios loco.

“El fénix en la espada” (versión no publicada)

Esta relación depresión-placer, pensamiento-acción, se hace aún más evidente en la siguiente cita, también extraída de su conversación sobre religión con Bêlit:

Que los maestros, los sacerdotes y los filósofos reflexionen acerca de la realidad y la ilusión. Yo sólo sé esto: que si la vida es ilusión, yo no soy más que una ilusión, y ella, por consiguiente, es una realidad para mí. Estoy vivo, me consume la pasión, amo y mato; con eso me doy por contento.

Dado que lo que más alegra a Conan es un buen combate, que pelear es de hecho su principal remedio preventivo contra la depresión y algunas de sus descripciones son francamente macabras en su realismo, ¿se podría catalogar a los libros de Conan como una apología de la guerra? A mi juicio, no, de ninguna manera.⁵ Pero sí podrían catalogarse como una apología del combate, que no es la misma que la primera, sino que, de hecho, quizá sea tan opuesta a ésta como si Conan defendiera la paz. Porque para ser una apología bélica, el personaje tendría que predicar o defender los valores que se invocan para hacer la guerra —esto es, el patriotismo, la gloria nacional, el honor nacional, la seguridad nacional, etc.— y Conan es demasiado escéptico para eso. Hacerlo sería incluso ir contra su propio sentido ético, porque entregarse a esos valores comunitarios —los mismos con los cuales suelen argumentar, por cierto, quienes defienden la paz— atentaría contra su hambre de libertad, su inteligencia y, ante todo, su firme convicción de que cada hombre es dueño de su destino y todo lo demás son excusas. Para Conan —como lo sería después para el anarca de Jünger— no hay amos ni esclavos, porque cualquiera es libre de matar a quien lo oprime o morir peleando, ¿así que cómo justificar quejarse por falta de libertad? Ésa, de hecho, es la principal crítica que suele hacerse a la película producida por Dino de Laurentis que lleva el nombre del personaje y es protagonizada por Arnold Schwarzenegger... Como afirma en una entrevista Rusty Burke, editor especializado en el rescate de las obras de Howard, el Conan real —esto es, el Conan de papel, no el de celuloide—: “habría preferido amputarse su propia pierna a mordiscos antes que ser un esclavo girando por años una rueda estúpida”. A lo que añade:

No hay gloria en la violencia howardiana. Es un sombrero y sangriento negocio, y cuando la pelea se acaba, generalmente sus protagonistas reconocen la futilidad última de ésta, pues nada realmente se ha ganado. La falta de permanencia de los logros del hombre ante un

cosmos indiferente es una constante en el trabajo de Howard. Pero una de las cosas que la mayoría de los críticos perciben es que los personajes de Howard, aun cuando reconocen la inutilidad de la lucha, se rehúsan a rendirse. En cierto sentido, él es el poeta laureado de la Última Defensa y la Causa Perdida.

Ahora, surge una pregunta: ¿Qué papel puede ocupar el amor en la vida de un personaje así?... El mismo que ocupan las mujeres, sin duda alguna. Un segundo lugar. Textualmente, pues en el primer lugar está el acero, que constituye para Conan el símbolo de su valor propio, y en el tercero está el alcohol. Pero ese segundo lugar no es despreciable. Sus diversas amantes suelen ser el principal motivo de sus luchas, mas no suelen primar sobre la lucha misma. Por eso, en una carta a Trevis Clyde Smith, el mismo Howard bromeaba una vez, diciendo: “Mis héroes se perverten con el tiempo. Uno de los últimos relatos que he vendido terminaba con sexo en lugar de la acostumbrada matanza”.

A ello habría que agregar que hay dos grandes tipos de mujeres en las historias de Conan: las víctimas a rescatar y las adversarias a combatir. Y las segundas suelen ser más memorables y contar con más personalidad que las primeras, sin importar que sean la bruja Salomé o la vampiresa milenaria que encuentra en una tumba en Estigia. Sólo hay una excepción, y esa excepción define al personaje: la inolvidable Bêlit (aquella que en la versión original del cuento, luego suavizada en la versión publicada, afirmaba: “Tómame, estréchame y magúllame con tu fiero amor”). Para Conan, una adversaria de su talla es también un amor de su talla. Por eso, sólo en las páginas de “La reina de la costa negra”, sentimos que el gran bárbaro ha encontrado una compañera en la pelea y, por ello, ha puesto verdaderamente, por una vez, a un lado su independencia y en un segundo lugar al acero.

El final de Conan

Aparte de lo vinculados que se hallan al ciclo artúrico, hay una razón práctica por la cual los géneros de la literatura fantástica relacionados con hechiceros, monstruos y damiselas ocurren en ambientes medievales o románicos: la espada. Más que por cualquier simbología fálica que pueda extraerse de dicho instrumento, como han supuesto algunas teorías rebuscadas, por

una realidad concreta: la espada es el arma más apropiada para el cuerpo humano, como extensión cortante del brazo, por lo que casi todas las culturas la desarrollaron, y manejarla implica fuerza física, habilidad e inteligencia para burlar al adversario. Nada de lo cual se requiere para el empleo de las armas a distancia, donde lo esencial es la puntería...⁶ Y esto nos lleva a preguntarnos: ¿Qué sentido tendrían la fuerza y la inteligencia de Conan frente a una ametralladora?

El anterior es sólo un ejemplo de cómo cierta nostalgia del pasado puede también llevar a alguien a aproximarse a los libros de caballería o de fantasía épica... Y a escribirlos. Robert Howard era un nostálgico del pasado, pero, aunque lo intentó, el corsé de la novela histórica le quedaba demasiado ajustado. Antes que eso, quiso combinar en un solo lugar el aroma de mil épocas. Hiboria es, al mismo tiempo, la Francia del Medioevo, el Egipto milenario, los bosques de Canadá, el exotismo del Medio Oriente e incluso, en algún lugar, tiene aroma al México azteca. Y en ella encontramos desde monstruos primigenios, de cuando el gigantismo marcaba la vida sobre la Tierra, hasta seres que sólo podríamos catalogar como extraterrestres a la manera de Lovecraft, con rituales y poderes terribles, que vienen de una profundidad tan lejana que allá hasta la oscuridad misma pierde su nombre.

¿Cómo hace un hombre con una nostalgia tan grande de épocas incombustibles? ¿Con un ansia tan enorme de aventuras imposibles? ¿A qué apegarse en la rutina de la Tierra real? Y más aún, de la Tierra plagada de fábricas y cercas, reales y mentales, de la Modernidad. Sobre todo, cuando sin duda Robert E. Howard veía, como su personaje, el vacío bajo toda intención que luego describirían los existencialistas... No lo sorprende a uno leer la siguiente declaración de Howard, en una carta de julio de 1925 escrita a Tevis Clyde Smith: “No tengo miedo de lo que suceda después de morir. Un infierno ortodoxo difícilmente sería una tortura mayor de lo que mi vida ha sido”.

Howard, como Conan, decidió pelear a su manera contra la depresión que lo amenazaba cada día al contemplar el abismo. Lo hizo escribiendo a un ritmo frenético. Pero, al final, el “poeta laureado de la Última Defensa y de la Causa Perdida” se rindió.

1936, el año en que murió Howard, el año en que murió Conan, fue un año penoso para el autor. Primero, económicamente, pues se enteró que “La hora del dragón” no iba a ser publicada en Inglaterra como había creído al comenzar el año, y *Weird Tales*, la principal revista para la que trabajaba, se demoraba cada vez más en sus pagos. Pero eso apenas era un preámbulo de la verdadera tragedia. Su madre, tuberculosa por muchos años, entró en coma luego de una cirugía y a Howard le bastó ver cómo el ser que más amaba se hundía en la nada para que se desbordara su vaso.

Después de preguntarle a la enfermera si su madre nunca iba a volver del coma y recibir una negativa, Howard subió a su habitación y escribió cuatro versos sobre una idea que ya había trabajado a los diez años:

Todo voló, todo acabó
Por tanto, levántame sobre la pira
El festín ha terminado
Y la lámpara ha expirado.⁷

Luego bajó a la cochera, se metió en el auto y se disparó en la sien. A pesar de los esfuerzos de su padre por salvarlo, el escritor murió, aunque tardó ocho horas en fallecer. Su madre murió al día siguiente y los dos fueron enterrados en un funeral doble.

Al momento de morir, el 11 de junio de 1936, Robert E. Howard tenía 30 años de edad. ■

Andrés García Londoño (Colombia - Venezuela)

Autor de los libros *Los exiliados de la arena* (cuento) y *El caballo de Ulises* (ensayo). Ha publicado ensayos, artículos y reseñas en el *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* (Filial Colombia), *Arcadia* y la revista *El Malpensante*, así como cuentos en distintas revistas y antologías.

Notas

1 Éste se diferencia de otros subgéneros herederos del ciclo artúrico y la *Ilíada* de Homero, como son la “Fantasía Heroica” —tipo *Beowulf*— o la “Alta Fantasía” —del cual el exponente mayor es, por supuesto, *El señor de los anillos*—, en que, por una parte, es mucho más ambigua la división moral entre el personaje y sus antagonistas y, por otra, en que, a diferencia de las creaciones de Tolkien, la historia ocupa un lugar más destacado que el lenguaje con que se cuenta, hay un menor desarrollo psicológico de los personajes —en especial de los secundarios, que a veces apenas alcanzan rasgos caricaturescos— y los individuos son mucho más importantes que las sociedades donde transcurren los relatos. Esto último, en particular, es lo que brinda el disímil

encanto entre una historia de Conan y otra ubicada en un ambiente tolkieniano, a pesar de que compartan muchas características comunes, como las batallas con lanza y espada o un entorno religioso ajeno al de las grandes religiones actuales. Mientras que al leer al autor surafricano, mucho del atractivo que nos produce la Tierra Media surge asombro de ese universo que se erige con una fuerza propia, incluyendo una cosmología completa, con decenas de pueblos con diferencias radicales entre sí —enanos, elfos, humanos y orcos—, todas las ciudades del mundo liborio son humanas; cada una más o menos perversa, más o menos civilizada, pero todas humanas. Así que, antes que por una cosmología absolutamente aparte de la Tierra actual, el encanto de un relato de Conan es básicamente Conan. Y es suficiente... Sería posible reducir todo su mundo a la categoría de simple decorado exótico y aún así Conan saldría triunfante, pues la vitalidad de ese bárbaro, tan escéptico como combativo, es tal, que es capaz de cargar toda la historia sobre sus hombros y, aún así, sonreír con desdén.

2 En lugar de hablar de literatura mayor o menor, sería mucho menos excluyente hablar de literatura bien o mal escrita, pero esto sólo podría alcanzar cierto nivel de objetividad si se hiciera desde el punto de vista de las reglas y fines de cada género (por ejemplo, en la novela negra, un crimen que puede ser resuelto antes del final generalmente indica una falla en la construcción, pero esa misma regla sería inaplicable a la novela psicológica: *Crimen y castigo*, para dar sólo un ejemplo). Y dentro de las novelas de “Espada y Hechicería”, Conan es sin duda de lo mejor que se haya escrito nunca, pues no en vano sus relatos cimentaron las bases mismas del género.

3 No deja de ser inquietante que lo que, en apariencia, es apenas un juego que sólo sirve como excusa para crear un mundo fantástico, traiga a la memoria lo que respondió el hombre con la inteligencia más relevante del siglo XX, Albert Einstein, cuando un periodista le preguntó cómo creía que sería la III Guerra Mundial: “No sé cómo será la Tercera Guerra Mundial —respondió Einstein—, pero sí estoy seguro de que la Cuarta la pelearemos con palos y piedras”.

4 Estos seres demoníacos e increíblemente poderosos, por cierto, tienen ciertas consonancias con los Primordiales de Lovecraft. No del todo casuales, si se considera que ambos escritores mantuvieron una profusa correspondencia, hasta el punto de que Lovecraft apodó cariñosamente a Howard *Bob Dos Pistolas*.

5 No porque para Conan la responsabilidad moral sea una prioridad. Si no abusa de su poder con aquellos más débiles que él incluso defiende es porque se lo debe a sí mismo. Así como no miente a menos que sea absolutamente necesario, porque hacerlo sería rebajar su visión de sí —o su “honor”, si se quiere— que es la única riqueza que no está dispuesto a negociar, puesto que la única opinión que le importa es la suya propia.

6 No en vano, a finales del Medioevo la iglesia quiso prohibir el uso de la ballesta de metal, capaz de perforar armaduras en el campo de batalla. Su uso implicó el comienzo del fin de la caballería. O lo que es lo mismo, de toda una forma de vida con sus valores correspondientes. La aparición de las armas de fuego completó luego la tarea.

7 All fled, all done / So lift me on the pyre / The feast is over / And the lamps expire.

Doble fuego

Y ocurre a veces cuando llueve
o cuando el viento espanta al polvo
de tu ternura estrecha al beso largo
de tu guerra de mordiscos
desatada después de las palabras
el agua nueva espesa compartida
entre esa fiesta oscura y acezante
todo el horror del mundo
y el favor de tu pelo conocido
en cuatro manos aquellas doble historia
en un solo recinto
en su furor rectangular y amigo
lleno de lo llamado amor
de lo bautizado como pequeño crimen
el fango entre el lino y las preguntas
y la inocencia guardada en las cortinas
todo lo que ha tocado la ternura
en una sola tarde unida al sol ajeno
porque nosotros somos sombras de la sombra
todo eso apenas para arder
y regresar a la noche insegura de los siempre
pese a toda la luz de sus estrellas
que nos desconocerán eternamente
pese a ellas.

Oscar Hernández M. (Colombia)

Del libro *Hoy besarás y habrá un buen tiempo*